



Aula d'Història de Lo Rat Penat
Conferencia del profesor D. Fernando Millán Sánchez

Tema XXXV.

El marqués de Sotelo.
La dictadura de Primo de Rivera en Valencia.

Su vida.

Carlos de Sousa y Álvarez de Toledo, a quien conocemos con el apelativo de marqués de Sotelo, que es su título nobiliario, nació en la ciudad de Valencia el año 1862; década del siglo XIX, los años sesenta, en los que la capital del Turia es pródiga en ofrecernos hombres de extraordinaria valía en los diferentes quehaceres del ser humano. Sirvan de prueba al respecto los nombres de Vicente Blasco Ibáñez, 1867, la Literatura, y de Joaquín Sorolla, 1863, las Bellas Artes.

Miembro el marqués de Sotelo por su nacimiento de la nobleza valenciana, sus estudios primarios y secundarios estuvieron dirigidos a una intensa preparación que tenía como finalidad el hacerlo apto para su ingreso en la Marina española, Academia de Guardamarinas, lugar de destino de sus mayores que pudo alcanzar cuando en el año 1879, tenía diecisiete años, pasó a formar parte de los aspirantes a ser parte de la oficialidad de la Armada.

En su trayectoria militar, propia de quien desempeña todos los grados de la Armada de acuerdo con el escalafón, un hecho debemos destacar por encima de cualquier otro: nos referimos a su presencia en las batallas navales que España sostuvo en el transcurso del año 1898. Batallas sostenidas contra las agresiones de Estados Unidos, Inglaterra y Holanda, ávidas por destruir el poder ultramarino, Cuba, Puerto Rico, Filipinas, que todavía formaba parte del legado recibido de quienes en el transcurso de los siglos XV, XVI y buena parte del XVII, dominaron y ensancharon, con el descubrimiento de América, el mundo conocido.

Guerras desiguales las del 98, en las que nuestros marinos no podían ofrecer más que su capacidad de sacrificio y su disposición para morir, en cuanto que la diferencia armamentística entre los cruceros y acorazados de los Estados Unidos y los que podía ofrecer la Marina española, viejos y anclados en el tiempo, eran tan dispares que de nada servía la pericia o el arrojo ante las diferencias en la potencia de fuego y en la calidad de los materiales que aportaban los nuevos imperialistas americanos.

El marqués de Sotelo se distinguió, especialmente, en las batallas navales de las Filipinas, las últimas colonias españolas capaces de resistir el empuje enemigo, aunque el resultado final de la contienda fuese el esperado. Una experiencia vital, la debilidad de la escuadra española ayuna de las inversiones necesarias por culpa de las



rivalidades políticas, que nunca olvidaría el que años más tarde sería hombre destacado en la política española.

Como resultado del desastre ocurrido en el transcurrir de las guerras coloniales, el marqués de Sotelo aceptó su traslado de la Armada que surcaba los mares a los puestos de representación de la Armada en tierra. Traslado que tuvo como primer destino la jefatura de la comandancia de Marina de Castellón. Un primer escalón en sus nuevos cometidos que serviría para conocer sus cualidades políticas y su capacidad de representación.

Pasó posteriormente Carlos de Sousa a ocupar el puesto de segundo al mando de la Comandancia de Marina de Valencia, cargo que fue la antesala de su destino final en la Armada. Un destino que sería el de jefe de la Comandancia de Marina de Valencia. Cargo que obtuvo en el discurrir del año 1818.

Una vida al servicio permanente de la Marina española que se cerraba el año 1924. Se retiraba del servicio activo como contralmirante de la Armada.

No se retiró el marqués de Sotelo de la vida activa tras abandonar su vida de marino, sino que cambió su quehacer militar por el quehacer político, ostentando dos cargos de singular importancia cuya trayectoria estudiaremos: jefe provincial de la Unión Patriótica y alcalde de la ciudad de Valencia.

En el mes de septiembre del año 1923, España, su vida política, había sufrido un cambio trascendental. Acuciado por el temor a ser sometido a juicio por los desastres sufridos en las guerras africanas, respaldado por un ejército que deseaba acabar tanto con los movimientos separatistas propios de Cataluña y del País Vasco, así como con la inseguridad permanente en las calles que propiciaban las acciones subversivas de los anarquistas, sumadas al temor despertado por las Huelgas Generales que decretaban los movimientos obreros, Alfonso XIII decidió disolver el Parlamento español, cerrar la vida política de carácter democrático, y entregar el poder al general Primo de Rivera.

Una entrega del poder absoluto al ejército, de quien Primo de Rivera era en el momento uno de sus representantes más cualificados, para que resolviese los problemas que parecían más urgentes:

La salvaguardia de la Unidad de la Patria amenazada por los separatismos.

La imprescindible recuperación del control por el gobierno del orden público.

La recuperación económica de la Nación, necesaria para calmar las protestas obreras.

La recuperación de la degradada moralidad pública y la devolución del poder perdido a la Iglesia Católica.

Un programa de gobierno de carácter urgente que Primo de Rivera se propuso llevar a la práctica de modo inmediato con el conjunto de militares dispuestos a ayudarlo. Militares entre los que se encontraba Carlos de Sousa y Álvarez de Toledo, el marqués de Sotelo, que hacía suyos todos y cada uno de los peligros que atentaban



contra la propia existencia de España y de los valores éticos que, desde el momento mismo de su nacimiento, le eran propios.

Aunque los inicios de la dictadura primorriverista fueron de competencia exclusiva de los militares, muy pronto Primo de Rivera fue consciente de la necesidad que tenía de formar un partido o un movimiento de carácter político y social, capaz de convencer a los ciudadanos de la bondad de un gobierno que prescindía de los partidos tradicionales, liberales y moderados, que habían demostrado, desde hacía tiempo, su incapacidad para gobernar.

Un nuevo gobierno nacido de la voluntad del rey Alfonso XIII en el que, unidos militares y civiles, hombres honrados dispuestos a colaborar por el bien de España más allá de las ideas que cada uno de ellos pudiese albergar tanto en el dominio de la política cuanto en el de las creencias religiosas, tuviese como único objetivo la regeneración de la Patria.

Un nuevo gobierno que, de acuerdo con las ideas expuestas por Joaquín Costa, debería estar dirigido por un “cirujano de hierro”, y sustentado por una organización política cuyos cuadros dirigentes debían salir de aquellos mandos militares más preparados en cada región española, en cada provincia, para conectar con la sociedad civil e incorporar a sus mejores hombres a la tarea propuesta.

Para llevar a cabo esta tarea, conformar la Unión Patriótica, nombre que finalmente sería el propio del nuevo movimiento político, en la provincia de Valencia, la tercera en importancia de España, Miguel Primo de Rivera, que la conocía bien por haber sido capitán general del territorio, designó a Carlos de Sousa.

El marqués de Sotelo, contralmirante de la Armada en situación de retiro, jefe de la Comandancia de Marina de Valencia, sería el jefe provincial de la Unión Patriótica y el único que ostentaría la jefatura de la organización primorriverista en el transcurso de los años de la dictadura militar.

Por lo que a la trayectoria política del marqués de Sotelo hace referencia añadir que, a partir del año 1927, fue también alcalde de Valencia. Sucedió en el cargo a los dos militares que le precedieron, el general Avilés que fue el primero en ostentarlo, y el capitán de navío, Luis Oliag, que le sucedió. Hasta el año 1930 el marqués de Sotelo ostentaría el cargo sin interrupción.

Un tiempo, 1923-1929, en el que el marqués de Sotelo llevaría a cabo una tarea política y de regeneración pública de especial relevancia, que es la que nos proponemos estudiar a continuación.

También anotar, para completar su figura política, que Carlos Sousa formó parte de la Asamblea Nacional Consultiva, un organismo que, en el deseo del marqués de Estella, título que Primo de Rivera recibió tras su presencia en los hechos que pusieron fin a las algaradas separatistas del País Vasco, tendría como finalidad prioritaria el sustituir a las eliminadas Cortes parlamentarias, aunque las decisiones del organismo no tendrían carácter de obligado cumplimiento, sino que su papel terminaba



en los acuerdos o recomendaciones que pudiesen elevarse al gobierno y al presidente del mismo como máxima autoridad.

En realidad, Primo de Rivera partía, para su concepción política, de tres fuentes distintas: el Fascismo, el Regeneracionismo, y el Militarismo.

La primera sería el conocimiento de la labor que llevaba a cabo en Italia Benito Mussolini, el duce que había dado nacimiento al Fascismo. Aunque procedente de las filas del socialismo, Mussolini había captado el descontento de las gentes con los partidos tradicionales y el deseo de encontrar un gobierno fuerte que resolviera los problemas existentes. Situación semejante a España.

Añadía el duce italiano a esta realidad vivida, la pasión por devolver a Italia la gloria perdida en los últimos siglos, intentando recuperar, con una política mediterránea especialmente agresiva, el poder que el Imperio Romano había detentado. Se trataba, en resumen, de forjar una Italia fuerte, capaz de conseguir que las Águilas Imperiales volviesen a cubrir el cielo del Mare Nostrum.

Un ejemplo que a Primo de Rivera le encantaba seguir y que su hijo José Antonio Primo de Rivera recogerá en los años treinta para llevarlo a la práctica creando la Falange Española.

En segundo lugar, y por lo que hacía referencia a España, le interesaban sobre manera los proyectos del regeneracionismo que, en sus escritos, planteaba Joaquín Costa. El marqués de Estella se veía personalmente como el “cirujano de hierro” necesario para la regeneración de España, y asumía la visión del autor de *Oligarquía, caciquismo y colectivismo agrario*, por lo que hacía referencia al cooperativismo como alternativa al capitalismo, que pretendía incorporar a su proyecto.

En tercer lugar, y para diferenciarse de los demás, el general jerezano partía de la propia estructura del ejército y su capacidad de servicio más allá de cualquier ideología, para gobernar con eficacia. Eran muchos los generales que en el discurrir del siglo XIX habían detentado el poder en España, Espartero, Narváez, O'Donnell, Prim..., y su error había sido, justamente, el confiar en los partidos.

Primo de Rivera ni era un político fascista, ni era un intelectual regeneracionista. Era un militar de carácter abierto, próximo al pueblo y dispuesto, de buena fe, a mejorar la situación de un pueblo desde la perspectiva de la aceptación por parte de este de la escala de valores que en el dominio de la estructura social era la propia, por tradición, de la España imperial. Monarquía, Ejército, Iglesia, fuerzas protectoras del bienestar del pueblo

Programa e ideología que el marqués de Sotelo, como militar con vocación de servicio, como católico y como aristócrata, compartía plenamente.

Su obra.



Sobre cinco áreas específicas, la urgente resolución de sus problemas, se basó el trabajo del marqués de Sotelo en su condición de jefe provincial de la Unión Patriótica y alcalde, durante tres años, de la ciudad de Valencia.:

1. La organización y consolidación de la Unión Patriótica como movimiento cívico-político que fuese el soporte del gobierno de Primo de Rivera.
2. La regeneración económica de la región valenciana, en la acepción del momento, tanto desde la perspectiva empresarial cuanto obrera como medio más seguro para resolver las tensiones sociales.
3. La modernización de la ciudad de Valencia a partir de una política agresiva de Obras Públicas capaz de paliar el problema del paro, al tiempo que era un referente de las bondades del nuevo régimen.
4. El reconocimiento de la cultura popular, de las tradiciones, y de sus organizaciones más representativas, como medio más idóneo para llegar hasta las masas populares.
5. El desarrollo de un incipiente regionalismo político que, sin poner en cuestión la Unidad de España que era el propio soporte del régimen, iniciase una política de descentralización del poder.

Para hacer real el poder ciudadano de la Unión Patriótica, que en principio se definía como movimiento cívico, el marqués de Sotelo planteó una estrategia de carácter realista. Los hombres honrados que necesitaba para consolidar la estructura política del partido único, solo podía encontrarlos en las organizaciones de carácter católico que se agrupaban en torno al Carlismo tradicionalista y a los núcleos católicos fundadores del Partido Social Popular.

El acercamiento al socialismo obrero se llevaría a cabo, desde Madrid, con los acuerdos a suscribir con la Unión General de Trabajadores.

En Valencia, para llevar a feliz término el proyecto, el marqués de Sotelo contaba con una ventaja inicial. Aquí los católicos y los carlistas, al menos la mayoría de ellos, ya se habían unido en torno a la ARAC, la Asociación regional de Acción Católica, presentando como dirigentes más cualificados a Manuel Simó, a Luis Lucia, a García Guijarro, a Desiderio Criado. A ellos debía dirigirse, los que en el momento monopolizaban el “Diario de Valencia”, para invitarles a incorporarse como dirigentes a la Unión Patriótica.

Fue una visión real del momento político. Los dos primeros, como máximos responsables del *Diario de Valencia*, se excusaron de participar activamente en la dirección de la Unión Patriótica, utilizando la excusa de que debían preservar la neutralidad del periódico, aunque a cambio ofrecieron el apoyo externo al nuevo régimen. García Guijarro y Desiderio Criado, y con ellos la mayor parte de los militantes del Partido Social Popular, acogieron con agrado la oferta recibida y se mostraron dispuestos a colaborar con la nueva situación política.

En Valencia el movimiento cívico alentado por Primo de Rivera, fue, por ello, el auténtico motor de una organización política que, dada la falta de una auténtica fe en su futuro por parte de algunos de sus promotores (empezando por el propio



Alfonso XIII que solo utilizó la Dictadura como una solución de compromiso temporal), nunca llegó a consolidarse como una auténtica alternativa política.

El gobierno de Primo de Rivera era un recurso de urgencia y no debía ser nada más.

Brillante fue, en verdad, el proyecto de regeneración económica y social que algunos miembros del gobierno de Primo de Rivera emprendieron, Calvo Sotelo, Eduardo Aunós, y que en Valencia tuvieron una plasmación muy concreta con la creación de las Uniones de Empresarios en el campo de los terratenientes, y de las cooperativas en el dominio de los pequeños agricultores.

Anotemos, por lo que al tema empresarial hace referencia, el nacimiento de las uniones naranjeras, arroceras, vinícolas..., que cristalizan en la creación de la Unión Nacional de Exportación Agrícola, dedicada a la protección del comercio exterior valenciano, y la Comisión Arroceras de Sueca.

Creaciones empresariales que se completan con la puesta en funcionamiento del Centro de Estudios Económicos Valencianos y con la creación del Banco de Valencia, instrumento financiero que se convertía en la imagen más reconocida de la potencia económica del Reino de Valencia.

Banco en el que aparecen como responsables más significados, como accionistas más cualificados, los apellidos más reconocidos de la burguesía valenciana: Villalonga, Casanova, Noguera, Boluda..., que han seguido siendo, a lo largo del siglo XX, los auténticos referentes en España del poder valenciano.

Como contrapeso al poder empresarial, y dada la especial estructura económica valenciana donde el pequeño agricultor, industrial, artesano o comerciante, tienen un peso específico determinante, el marqués de Sotelo, siguiendo la estela que se desarrollaba por el gobierno de Madrid asumiendo las tesis regeneracionistas de Joaquín Costa, potenció el nacimiento de cooperativas de productores. Cooperativas que pudiesen ofrecer en el mercado, unos precios más ajustados para la venta de sus productos.

Una esperanza permanente en España, la eliminación de los intermediarios, que en el transcurso del tiempo nunca ha podido consolidarse definitivamente.

Un problema inesperado se hizo presente en el proyecto de la regeneración económica planteado por la Dictadura primorriverista, por lo que al antiguo reino de Valencia hacía referencia.

Los agricultores grandes y pequeños demandaban del nuevo gobierno una política decididamente librecambista, que asegurase su presencia en todos los mercados de Europa en igualdad de condiciones. Posición librecambista que chocaba frontalmente con los intereses de los grandes industriales catalanes y vascos, que demandaban una política proteccionista que asegurase sus productos ante la feroz competencia que planteaban los países europeos más desarrollados que ofrecían precios y calidad mucho más ventajosos.



Un dilema que nunca se resolvió finalmente, aunque el hacer de Calvo Sotelo y del régimen del partido único, se salvó en Valencia gracias a una política proteccionista del pequeño agricultor, que impidió la presencia en la región de las grandes compañías extranjeras. Grandes compañías que pretendían la compra de enormes extensiones de tierra para convertirlas en zonas de regadío y plantación de naranjos.

Ambición de monopolios extranjeros que se hizo presente con la experiencia de la REVA, Regadíos Valencianos, y que el gobierno de Primo de Rivera cortó defendiendo los derechos prioritarios de los agricultores valencianos.

Fue en el dominio de las obras públicas donde la pretensión regeneradora del nuevo régimen, pese a la cortedad de su existencia, apenas nueve años, se hizo más patente, consiguiendo la aceptación generalizada de las clases más humildes que encontraron en ellas el trabajo que necesitaban y que no podían alcanzar en sus tierras de origen. Tiempo de grandes emigraciones hacia Madrid, Cataluña y Valencia, que determinaron un cambio sustancial en la composición social de las grandes metrópolis.

Por lo que al marqués de Sotelo hace referencia como alcalde de la ciudad, anotaremos como obras públicas más destacadas las referentes a los nuevos puentes que cruzarían el río Turia. A la transformación urbanística del centro de la ciudad con las obras del nuevo Ayuntamiento. A la creación del Mercado Central como punto de referencia del poder del pequeño comercio valenciano, y el Matadero de la ciudad que modernizaba la atención sanitaria de los productos dedicados al consumo humano.

Uno de los problemas que la ciudad de Valencia no había sido capaz de resolver en el transcurrir de los años era el referente a la comunicación fluida y fácil de la urbe con su puerto, hasta el extremo de haberse acuñado la idea de que la capital del reino vivía de cara a la Huerta pero de espaldas al Mar.

De espaldas a su puerto y de espaldas, igualmente, a sus poblados marítimos. Poblados marítimos que vivían en una permanente independencia de la metrópoli. Independencia agravada, por lo que al olvido de las autoridades hacía referencia, por las nuevas construcciones, los nuevos barrios que se levantaban próximos a las orillas del Mediterráneo.

Para resolver esta cuestión, y siguiendo la estela marcada por sus antecesores, el general Avilés y el marino Luis Oliag, el marqués de Sotelo decidió concluir definitivamente la construcción de dos puentes, el de Aragón y el de Nazaret o de Astilleros, nombres que la ciudadanía ha convertido en definitivos, aunque en principio debieron llamarse del Príncipe y del marqués de Estella, y que resolvían dos problemas de importancia capital: la conexión directa con el puerto y con los antiguos poblados marítimos; y la conexión con los nuevos poblados que nacían en la otra orilla de la desembocadura del río Turia.

El puente de Aragón, continuado por la avenida del Puerto, se convirtió, y sigue siéndolo cuando estamos cercanos a celebrar su centenario, en la arteria central de comunicación entre la ciudad y su puerto, y como extensión con todos los poblados



marítimos, Vilanova del Grau, Cabañal, Malvarrosa, que se sienten así más integrados en la gran urbe.

El puente de Nazaret o de Astilleros, por su parte, cubre misión semejante, poniendo en contacto los nuevos poblados marítimos con la gran ciudad y con los núcleos poblacionales de la Huerta.

Obra en verdad fuera de lo común, que ha de transformar definitivamente a la ciudad de Valencia haciéndola pasar de la consideración de una ciudad grande a una capital europea, es la que se llevó a cabo en este periodo de tiempo que estudiamos, con la transformación del núcleo urbanístico que rodeaba al viejo Ayuntamiento y su influencia sobre todo el centro de la ciudad.

A partir del edificio propio de la Iglesia de Santa Rosa, del que podemos contemplar las pinturas de Vergara, del derribo del convento de San Francisco, de la compra de sus huertos y de la remodelación de una plaza central que toma forma de pentágono, y en la que se ubica el nuevo Ayuntamiento, proyecto que lleva consigo la ingente tarea de expropiaciones, de derribos y de construcción de nuevos edificios entre los que se encuentran los dedicados a sede central de Correos, de la Telefónica, de Bancos de importancia nacional, de hoteles y de grandes restaurantes, la ciudad adquiere la dimensión nueva que le permite cumplir el papel de gran metrópoli.

Una nueva plaza central, centro de encuentro ciudadano, que articula el Ayuntamiento con la Estación del Norte, centro ferroviario, a través de la arteria que hoy lleva el nombre del alcalde que estudiamos, con la Lonja y el Mercado Central a través de la calle de María Cristina, referencia a la madre del rey, y con el propio río Turia a partir de la calle de las Barcas y del Pintor Sorolla, que sirven para derribar el viejo barrio llamado de pescadores que era barrio propio de la prostitución en los comienzos del siglo.

Obra imperecedera que los alcaldes que le sustituyeron completaron.

Otra dimensión adquiere la obra, sorprendente, del Mercado Central. La ciudad más comercial de España, aquella que podía ofrecer una pléyade de pequeños comerciantes superior a cualquier otra ciudad en el terreno del comercio minoritario, no tenía, en el discurrir del primer tercio del siglo XX, un edificio para su Mercado Central. Un mercado que se componía de pequeños tenderetes que aumentaban según pasaba el tiempo, ofreciendo el aspecto de los antiguos zocos musulmanes.

Para salvar estas situaciones, para dignificar el comercio minorista, el tiempo de la dictadura de Primo de Rivera en Valencia estuvo dedicado a la construcción de un nuevo edificio que, levantándose muy próximo al antiguo mercado de tenderetes, pudiese ofrecer al mundo la verdadera imagen de la Valencia comercial. Un edificio que era un santuario en el que todo el pequeño comercio de la alimentación estuviese profusamente representado.

La imagen que ha ofrecido el Mercado Central de Valencia, tanto en su bella estructura externa cuanto en su interior, cumplió con creces los deseos de los que



lo crearon. Hoy, como en todo el tiempo pasado, es una imagen del poder valenciano y una exposición de color y riqueza de nuestro comercio que no tiene igual en Europa.

Políticamente tal vez el acierto más importante del marqués de Sotelo y de quienes le precedieron en la alcaldía durante el periodo histórico que estudiamos, fue el darse cuenta del valor de consolidación del régimen, de aproximación a la sociedad, que tenían las fiestas tradicionales, la cultura popular, que en la ciudad de Valencia está representada, como ninguna otra, por sus fiestas más populares y universales. Hablamos de las Fallas.

Era el camino más rápido y sencillo para llegar hasta las masas populares, para popularizar al nuevo gobierno, que decidió ensalzarlas como ningún otro. Aproximación al pueblo que se intentó con otras celebraciones, las reinas de los Mercados, por ejemplo, pero que no pudieron competir en ningún momento con lo que significaban unas fiestas josefinas que eran la expresión más acabada del genio de un pueblo que despedía el invierno y recibía a la primavera con la sonrisa en los labios y con la recuperación de la lengua propia, de los trajes, de los decires y las glorias, de sus antepasados.

Un éxito ante los ciudadanos de la urbe capitalina y de toda la región valenciana, que corroboraron los alcaldes de la ciudad de Valencia de la etapa primorriverista, al apoyar la celebración institucional de la procesión del 9 de octubre. Aquella que conmemoraba el nacimiento del reino cristiano de Valencia tras la conquista de Jaime I. Una reivindicación de Lo Rat Penat, la más antigua de las instituciones culturales valencianistas, siempre desoída por los gobiernos de la monarquía.

Y cerramos la semblanza de Carlos de Sousa y Álvarez de Toledo, el marqués de Sotelo, planteando su defensa de la autonomía administrativa de las provincias y regiones, estas eran sus expresiones, y el reconocimiento de su singularidad en el marco de la unidad política de España que nadie podía poner en cuestión porque era el basamento sobre el que se edificaba el nuevo sistema político.

Era un tema complicado, el del regionalismo cultural y administrativo, que no podía pasar del ámbito cultural, en cuanto que el nuevo gobierno al que representaban había nacido como consecuencia, entre otros problemas apuntados, de la necesidad de acabar con los nacionalismos separatistas que, además de en el País Vasco y de Cataluña, se apuntaban en otros territorios españoles.

Por ello el tema de la singularidad diferenciadora de las regiones, su lengua, su historia, su cultura, se enmascaraba un tanto con el apoyo a la descentralización administrativa de las Provincias, y con la aparición de estructuras comarcales de servicios, las Mancomunidades, que no pusieran nunca en cuestión la unidad de España.

Podía parecer una contradicción, pero en el fondo se trataba de recuperar las tesis carlistas, que, frente al liberalismo creador de la unidad nacional a imitación de la Francia nacida de la Revolución, planteaban la vuelta a las estructuras



tradicionales de España, a las propias de los reinos medievales, que, en el transcurrir del siglo XV, en el reinado de los Reyes Católicos, gracias a su consenso, habían propiciado el nacimiento de España.

Una España que, a diferencia de la nacida en la Constitución de 1812, liberal y unitaria, se formaba con el reconocimiento de las diferencias existentes entre los reinos de Castilla y Aragón, entre las diferentes regiones que los conformaban, diferencias propias de las trayectorias históricas y culturales que los diferentes reinos españoles habían vivido en el transcurrir de su Historia.

Unir el proyecto imperial de los Reyes Católicos con los tiempos presentes era el objetivo que se marcaban quienes creían en el futuro marcado por el gobierno de Primo de Rivera.

El marqués de Sotelo, que abandonó la primera línea de la política tras el advenimiento de la II República, murió en Valencia el año 1937.